

## BIOGRAFÍA E HISTORIA EN EL SIGLO XIX

Arturo Soberón Mora\*

*Mantener viva en el espíritu de los pueblos la  
memoria de los hombres a quienes deben su libertad  
es un deber de patriotismo y de gratitud  
para los ciudadanos y una necesidad política  
para los gobiernos.*

Ignacio Manuel Altamirano

Sin duda que adquirir su condición de nación independiente a partir de 1821 –después de un breve interregno imperial– significó para México y para sus hombres de letras, flamantes ciudadanos de la nueva República, la posibilidad de consolidar transformaciones diversas que, en el campo de la palabra escrita, se venían gestando desde mediados del siglo XVIII: el género de la biografía fue uno de ellos.

En efecto, durante los dos siglos anteriores la hagiografía -una de las modalidades de la biografía- dominó el panorama literario y saturó a los lectores novohispanos -en una suerte de extensión de la

---

\* Doctor en historia y etnohistoria. Investigador en la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

homilía dominical- de las vidas ejemplares de los santos. En un accionar simbiótico de longeva efectividad, mientras la corona española se enervaba en aplicar las providencias de comportamiento político a sus vasallos, la Iglesia se ocupó de las relativas a su condición moral; en esto último la hagiografía cumplió una parte de esa función con la puesta en circulación de impresos piadosos, panegíricos y de sermones dictados desde el púlpito estructurados todos, en lo general, con un discurso tomado de los evangelios en donde el santo escogido se mostraba a la mirada y entendimiento del gobernado como ejemplo a seguir.<sup>1</sup> En ese contexto promotor de ejemplos enaltecedores, casi todas las corporaciones religiosas, tanto del clero regular como del secular, acudieron igualmente al recurso de la hagiografía para exaltar la calidad moral de sus fundadores o miembros más prominentes, citamos dos ejemplos emblemáticos correspondientes a los siglos XVII y XVIII: *Menologio Franciscano de Vetancurt* y el *Elogio de muchos hermanos coadjutores de la Compañía de Jesús* de Oviedo.<sup>2</sup>

No obstante, hacia finales del siglo XVIII y bajo el influjo de sus líneas de pensamiento emergentes, se hizo frecuente encontrar autores que aventuraron la búsqueda de formas laicas en la biografía y citaran como fuente de inspiración y modelo las *Vidas Paralelas de hombres ilustres* o sencillamente *Vidas Paralelas*<sup>3</sup> de Plutarco,

<sup>1</sup> François Dosse, *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, p. 119.

<sup>2</sup> Agustín de Vetancurt, *Menologio franciscano de los varones más señalados que con sus vidas ejemplares, perfección religiosa, ciencia, predicación evangélica, en su vida y muerte ilustraron la Provincia del Santo Evangelio de México*, México, 1871, Imprenta de I. Escalante y Cía. T. IV [1ª. ed. 1687-1698]; Juan Antonio de Oviedo, *Elogio de muchos hermanos coadjutores de la Compañía de Jesús, que en las cuatro partes del mundo han florecido con grandes créditos de santidad*. México, Imprenta de la viuda de José Bernardo de Hogal, 1775, 2 vols.

<sup>3</sup> A finales del siglo XVIII la obra de Plutarco fue objeto de gran popularidad en Francia en donde se imprimieron varias ediciones, por ejemplo, la conocida de M. Dacier: *Les Vies des Hommes Illustres de Plutarque, Traduites en François, avec des Remarques historiques & critiques, par M. Dacier, de L'Académie Royale des Inscriptions & Belles-Lettres*, Nouvelle



Arturo Soberón Mora

así como *Las Vidas de los doce Césares* de Suetonio. La obra de Plutarco, a pesar de pertenecer al mundo clásico, era de corte moral y por ello se ajustaba sin problemas al contexto religioso americano ya que encomiaba las virtudes morales de los hombres ilustres en tanto la hagiografía lo hacía con las virtudes piadosas que enaltecían a los santos de la Iglesia. Por otra parte, el texto de Plutarco buscaba fijar una forma de independencia de la biografía frente a la historia, intención que se aviene con comodidad a las tendencias historiográficas pujantes de fines del siglo XVIII e inicios del siguiente:

«...no escribimos historias, sino vidas, ni es, por regla general, en las empresas de mayor gloria donde se hallan testimonios de virtud o de vicio, sino que a menudo una situación paralela, una frase o una broma reflejan mejor el carácter que batallas de muchos muertos o los más vistosos ejércitos y asedios de ciudades.»<sup>4</sup>

Al mismo tiempo Plutarco establece, desde entonces, la mayoría de los rasgos que serán característicos de la biografía en los años siguientes: ascendencia del personaje, hechos significativos de su vida, rasgos característicos de su obra, labor política y muerte; de esta forma iniciaba la secularización de la hagiografía al transformarse, paulatinamente, en semblanzas de «vidas piadosas»<sup>5</sup>, elogio fúnebre<sup>6</sup>, nota necrológica o discurso funerario y, finalmente, en biografía.

Édition, Chez Jean-Edme Dufour & Philippe Roux, Imprimeurs-Libraires, affociés, 1778, 5 vols.

<sup>4</sup> Plutarco, *Vidas Paralelas*, introd. Aurelio Pérez Jiménez, Madrid, Editorial Gredos, 2001, pp. XXV.

<sup>5</sup> Dos trabajos clásicos en esta modalidad son los de Juan Luis Maneiro, *Sobre las vidas de algunos mexicanos...*, Bolonia, 1791-1792 y el de Manuel Fabri, *Semblanza de la vida del autor*, 1780. Bernabé Navarro preparó una selección de ambas obras para la UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario) en 1956 bajo el título de *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*.

<sup>6</sup> Aunque el elogio fúnebre tuvo escasa vigencia quizá por estar fuertemente vinculado a la tradición retórica —en dramático descenso en los años siguientes— no puede dejar de

Este paso a la aclimatación en el contexto mexicano del género biográfico fue un proceso que se vio acompañado y respondió, en buena medida, al surgimiento de nuevas representaciones simbólicas de empuje republicano, conducido por un politizado discurso patriótico, que sustituyó, a su vez, a las representaciones piadosas comunes al antiguo régimen. Podemos situar el arranque cronológico de ese cambio -ciertamente brusco si se toma en cuenta el largo reinado de la hagiografía- en las primeras décadas del siglo XIX. Se trata, en realidad, de una sustitución que promovió aquella generación de hombres de letras formados en las corrientes literarias de la Ilustración y atentos, por consiguiente, a los cambios que en el campo de la literatura se efectuaban en la Europa del periodo.

Sin embargo en sus etapas previas la biografía se presentó acompañada de una toma de posición política que le asignaron -podríamos decir involuntariamente- importantes precursores del género. Dicha posición tiene que ver con la intención que tuvieron todos ellos al escribir sus trabajos biográficos, de ponderar las bondades literarias y gestas heroicas alcanzadas por los americanos y situarlas como ejemplo frente a aquellos europeos que deturpaban de la naturaleza americana: ciertamente se trataba de un ejercicio novedoso de afirmación de la identidad cultural. Entre estos precursores destaca, hacia finales del siglo XVII, el vigoroso intento de don Carlos de Sigüenza y Góngora por poner en un mismo plano de igualdad a los antiguos señores mexicanos y a los poetas y estadistas de la antigüedad clásica.<sup>7</sup> Posteriormente es la obra erudita del

---

considerarse como antecedente de la biografía, al menos en México. Uno de los primeros ejemplos del periodo independiente es el siguiente: Francisco Argandar, *Elogio fúnebre de los primeros héroes y víctimas de la patria que el 17 de septiembre de 1823 en la Iglesia Metropolitana de México, a presencia de una Diputación del Soberano Congreso, del Supremo Poder Ejecutivo, demás Corporaciones y Oficialidad dijo.....diputado por Michoacán*, México, Imprenta del Supremo Gobierno en Palacio, 1823, 51 pp.

<sup>7</sup> Carlos de Sigüenza y Góngora, *Teatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1856. Como se sabe, don Carlos diseñó el



Arturo Soberón Mora

que fuese obispo de Yucatán, Juan José de Eguiara y Eguren quien, indignado por los comentarios injuriosos que vierte en el año de 1756 el deán de la iglesia de Alicante hacia el ambiente cultural y académico prevaleciente en los reinos americanos, decide dar inicio a la formación de su *Biblioteca Mexicana*. En esta obra Eguiara procedería a dar cuenta de lo más granado de la producción literaria de la Nueva España hasta ese momento.<sup>8</sup> Al finalizar el siglo es José Mariano Beristáin de Souza el que al tener conocimiento en sus años mozos de la obra de Eguiara decide continuarla, entusiasmado de participar activamente en la intención, plasmada en la *Biblioteca Mexicana*, de rescatar del olvido o anonimato los escritos de todos aquellos autores que contribuyeron a la construcción cultural de la América hispana, esfuerzo que incluye como parte relevante las noticias de los indios. A Beristáin tomó varios años y esfuerzo considerable construir su monumental *Biblioteca Hispano Americana Septentrional*. Lo hizo además modificando algunos criterios de presentación de las fichas autorales: en primer término escribió su trabajo en castellano y no en latín como Eguiara.<sup>9</sup> En se-

arco triunfal que conmemoraba el arribo del nuevo virrey de la Nueva España, conde de Paredes y marqués de la Laguna hacia fines de 1680. En los tableros del arco dispuso, en pares, los retratos de los poetas y estadistas prominentes de los tiempos antiguos de ambos mundos, acompañados de una breve semblanza de sus virtudes.

<sup>8</sup> Juan José de Eguiara y Eguren, *Biblioteca Mexicana*, pról. de B. Fernández Valenzuela, est. preliminar de Ernesto de la Torre Villar, México, UNAM, 1986, [5 tomos], tomo 1, pp. CCXXXV-CCXV. El catálogo que incorpora Eguiara a su obra es básicamente de personajes pero incluye una amplia nomenclatura de instituciones dedicadas a la actividad cultural.

<sup>9</sup> «...porque estaba persuadido que debía escribirse en lengua vulgar una obra cuya lectura podía interesar a muchas personas más de las que saben o deben saber la lengua latina. A mas que es una imprudencia privar a mil españoles de leer en castellano la noticia de sus literatos, porque la puedan leer en latín media docena de extranjeros; los cuales, si la obra lo merece, saben buscarla y leerla, aunque esté escrita en idioma de los chichimecas», citado en José Toribio Medina, *La imprenta en México (1539-1821)*, ed. facsímil, México, UNAM, 1989, t. 1 (1539-1600), p. CCXC.

gundo lugar enlistó a los personajes por apellido y no por nombre como procedió a hacerlo el propio Eguiara.

Si bien las obras de Eguiara y Beristáin respondieron a causales que poco tuvieron que ver con la intención biográfica como tal, los cientos de fichas de personajes que ambos incorporaron a sus respectivos trabajos, por su propia naturaleza los aleja de la hagiografía y los acerca al perfil de la biografía: lo que interesa a uno y otro es poner de relieve y documentar a sus lectores acerca de la producción literaria de los autores que seleccionaron, pero es notable que en gran parte de los casos incorporaron datos valiosos de la vida de cada uno de ellos. Con las *Bibliotecas* de Eguiara y Beristáin, lo que importaba ahora era poner de relieve la actividad que desarrollaron, en favor de la sociedad, los hombres de letras enlistados en ambas obras, dejando de lado la atención que se brindaba a la vida ejemplar de los miembros de la Iglesia o a la de los habitantes perennes del panteón cristiano.

El impulso de identidad cultural que Eguiara y Beristáin buscaron en sus biografiados hubo de adecuar su intención política original al tránsito del periodo colonial al independiente. Dicho recorrido fue relativamente rápido pero no estuvo exento de los pormenores evolutivos propios del género. La nueva modalidad biográfica llegó por vía de la ya para entonces ineludible influencia europea: en 1834 la casa editora inglesa Ackermann comenzó a publicar en México *El Instructor*. Se trató de una publicación por entregas que incluía en sus páginas una serie de conocimientos de orden enciclopédico (ciencia, historia, tecnología, geografía, economía, arte, medicina, etc.) entre los que figuraban biografías de personajes relevantes de la historia.<sup>10</sup> En el primer tomo aparecieron las corres-

<sup>10</sup> Véase, Arturo Soberón, «Enciclopedias y diccionarios como agentes del conocimiento técnico y científico en el México Republicano y la construcción del nacionalismo (1853-1899)», en Johanna Lozoya y Tomás Pérez (coordinadores), *Arquitectura escrita. Dosecientos años de arquitectura mexicana*, México, INAH, 2009, pp. 68-69.



Arturo Soberón Mora

pondientes a Hernán Cortés, Alexander von Humboldt, Miguel Ángel Buonarroti, Francisco Pizarro, Rafael de Urbino, José de Ribera y Leonardo de Vinci. Al leer los textos vemos que en este intento todavía no se valora al biografiado con la pretendida objetividad afirmada en los años siguientes, más bien se le encomia como personaje ejemplar, se insiste todavía en el paradigma moral que caracterizó la etapa hagiográfica, pero ya asoman los elementos críticos de la fase subsecuente.<sup>11</sup>

También es importante tener presente que, en ese lapso, se vivió en Europa la reacción conservadora que buscaba volver los ojos a la tradición de las instituciones de antiguo régimen como sostén de los viejos valores morales, frente al caos derivado de la Revolución Francesa.<sup>12</sup> La biografía quedó situada en medio de la nueva arena de confrontación política: a la identidad cultural que movió a Eguiara y Beristáin se sumó más expresamente la de la identidad nacional. Lo importante para los hombres de letras a partir de la independencia no fue ya únicamente querellarse ante los europeos que denostaban de lo americano, sino definir a los nuevos personajes biografiados en su perfil intelectual pero como parte de su accionar político. De hecho, como sucede en el trabajo que elabora Carlos María de Bustamante a la memoria de los protagonistas de la Independencia,<sup>13</sup> la actuación política de los personajes es la parte que se destaca en los comentarios biográficos de los personajes:

<sup>11</sup> *El Instructor o repertorio de historia, bellas letras y artes*, Londres, Ackermann y Cía., 1834, [VIII tomos], tomo 1, *passim*.

<sup>12</sup> Como se sabe uno de los más consistentes defensores de esta postura fue Edmund Burke, manifiesta en su texto *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* (1790), de la que participaron de forma activa la mayor parte de los filósofos alemanes de la escuela idealista (Herder, Schlegel, Schleirmacher, etc.).

<sup>13</sup> Carlos María de Bustamante, *Martirologio de algunos de los primeros insurgentes por la libertad e Independencia de la América Mexicana*, México, Imprenta de J. M. Lara, 1841.



...yo me he propuesto presentar de ellos [los insurgentes] no una biografía caprichosa y de bello ideal, sino el extracto de sus causas instruidas por la funesta Junta de Seguridad<sup>14</sup> y mostrar, además, la crueldad con que se les persiguió...<sup>15</sup>

El acto secularizador que llevó a cabo Bustamante en este escrito fue contundente y abrió las puertas de par en par a la fase siguiente del género. Es así, entonces, que podemos situar la década de los cuarenta como el periodo en que la biografía adquiere ese nuevo perfil moderno, bajo el modelo aportado por Bustamante, con los trabajos que en la materia elaboraron Lucas Alamán y Manuel Payno. No obstante, y a pesar de la extensa obra biográfica de Payno, se puede afirmar que es Lucas Alamán quien delimitó con mayor claridad el nuevo papel que tendría la biografía. Irónicamente, la que dedicó a Carlos María de Bustamante proyecta invariablemente el carácter de objetividad que Alamán requería dar al tratamiento del personaje con el fin de evitar ser calificado de parcial o faccioso, toda vez que Bustamante fue contemporáneo suyo y con visiones confrontadas en, por lo menos, asuntos relacionados con la forma de apreciar temas espinosos de la historia de México, «...sobre su carácter y escritos - nos dice Alamán- no se ha tratado de otra cosa que de presentarlo tal como verdaderamente fue, pues no se ha querido hacer su panegírico sino su fiel retrato.»<sup>16</sup> Lo que en realidad estaba en juego era la visión que ambos tenían del periodo colonial y el papel que indios, españoles y criollos jugaron en

<sup>14</sup> La Junta de Seguridad y Buen Orden fue creada en 1809 con el fin de apresar a todo sospechoso de infidencia o sedición. En la práctica se convirtió en un aberrante instrumento de espionaje político.

<sup>15</sup> Carlos María de Bustamante, *Martirologio...*, pp. 4-5.

<sup>16</sup> Lucas Alamán, *Noticias biográficas del licenciado Carlos María de Bustamante y juicio crítico de sus obras*, México, Tipografía del R. Rafael, 1849; reimpresa por Rafael Aguayo Spenser, *Obras de Lucas Alamán. Documentos diversos (inéditos o muy raros) tomo tercero*, México, Editorial JUS, 1946, pp. 279-336.

el mismo y, más expresamente, en el proceso independentista. Si Alamán llevó a cabo puntualmente su cometido al elaborar la biografía de Bustamante es lo que menos importa, lo que sí hizo fue establecer las aristas políticas que, a su juicio, movieron las acciones de vida del personaje. De esta forma la biografía de Bustamante no es ya de ninguna manera parecida a las de Eguiara o Beristáin-personajes tratados en sendos casos como joyas grandes o pequeñas dentro del gran tesoro nacional- sino la del individuo que es juzgado por sus actos. Pero dado que domina en la biografía de este periodo la búsqueda de identidad nacional, la naturaleza política del biografiado condiciona su tratamiento; el propio Alamán proporciona el ejemplo en las biografías que dedica a Francisco Fagoaga y al fraile carmelita Juan Crisóstomo Nájera.<sup>17</sup> Alamán cree encontrar en sendos biografiados el atributo heredado, que reconoce en los conquistadores, de haber traído a América la religión católica a despecho de la destrucción de las culturas indígenas, razones, entre otras que, según esta visión, distancian los perfiles de Fagoaga y Nájera respecto al de Bustamante.

Payno, por su parte, escribió sobre todo numerosas biografías de personajes de la historia universal como María Stuart, Isabel de Inglaterra o Alejandro Dumas, pero para nuestro interés destaca la que elabora para fray Servando Teresa de Mier.<sup>18</sup> En ella Payno se esfuerza por presentar una imagen equilibrada del monje dominico, tarea asaz problemática dada la compleja personalidad intelectual del personaje y las innumerables vicisitudes que este hubo de sortear en vida. No analiza ni comenta sus escritos de lucha política pero incorpora en el texto pasajes extensos de las *Memorias* de fray

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 337-345, 389-462.

<sup>18</sup> Todas se encuentran compiladas en Manuel Payno, *Obras completas. XIX Bosquejos biográficos*, comp. y notas por Boris Rosen, México, Conaculta, 2005; la biografía de fray Servando fue publicada en 1865; destacan también las que escribió del escultor Francisco Eduardo Tres Guerras, 1843 y el pintor Miguel Zendejas, 1849.

Servando, en ese año inéditas, llamando poderosamente la atención sobre su contenido.<sup>19</sup>

A pesar de la definición introducida por Alamán en la elaboración del género biográfico y las aportaciones de Payno, dado el perdurable predominio que sobre su estructura había ejercido la Iglesia católica en los siglos precedentes y el clima de confrontación que dominaba el ambiente político de mediados del siglo XIX, propició que su tratamiento en los términos propuestos por ambos escritores tardara en lograr una aceptación más amplia. Entre 1843 y 1844 se publicó en la ciudad de México una revista dirigida al lector ilustrado, *El Museo Mexicano*. Publicación de carácter enciclopédico y muy cercana al espíritu de *El Instructor*, en sus páginas también aparecieron diversas biografías, algunas de tono polémico como la correspondiente a Américo Vespucio<sup>20</sup> o de enjuiciamiento como la de Pedro de Alvarado.<sup>21</sup> Se registran también las de José Antonio de Alzate;<sup>22</sup> Diego José Abadiano;<sup>23</sup> Vasco de Quiroga;<sup>24</sup> la de Francisco Xavier Clavijero;<sup>25</sup> la escrita por Mariano Otero para el abogado Francisco Javier Gamboa;<sup>26</sup> la de Manuel de Mier y Terán, escrita por Manuel Payno;<sup>27</sup> José María Morelos y Pavón;<sup>28</sup> Ignacio Rodríguez Galván;<sup>29</sup> Antonio Alcalde, obispo de Yucatán;<sup>30</sup> fray

<sup>19</sup> *Ibidem*, pp. 284-348; Pocos años después la *Memorias* de Fray Servando serían publicadas íntegras por José Eleuterio González, *Biografía del benemérito mexicano Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra*, Monterrey, Juan Peña editor, 1876.

<sup>20</sup> *El Museo Mexicano*, México, Imp. de I. Cumplido, t. 1, pp. 76-78.

<sup>21</sup> *Ibidem*, t. 1, pp. 262-264.

<sup>22</sup> *Ibidem*, t. 1, pp. 8-10.

<sup>23</sup> *Ibidem*, t. 1, pp. 47-48.

<sup>24</sup> *Ibidem*, t. 1, pp. 447-451.

<sup>25</sup> *Ibidem*, t. 1, pp. 498-499.

<sup>26</sup> *Ibidem*, t. 2, pp. 53-64. Reimpresión más adelante por I. M. Altamirano, *vid supra*.

<sup>27</sup> *Ibidem*, t. 2, pp. 121-131.

<sup>28</sup> *Ibidem*, t. 2, pp. 160.

<sup>29</sup> *Ibidem*, t. 2, pp. 265-269.

<sup>30</sup> *Ibidem*, t. 2, pp. 356-360.



Arturo Soberón Mora

Manuel Navarrete;<sup>31</sup> Carlos de Sigüenza y Góngora, escrita por R. L. Arcaráz;<sup>32</sup> En el cuarto tomo se anuncia abiertamente la incorporación de biografías de «hombres célebres», tanto nacionales como extranjeros, con lo cual se advierten dos cosas, que los lectores muestran ya gran inclinación por el nuevo género biográfico y que los editores, a su vez, están conscientes de su importancia. En forma paralela, los habituales calendarios anuales comenzaron a ofrecer a sus lectores la necrología de los hombres importantes que iban falleciendo, registrándose cuidadosamente la filiación política que tuvo en vida el personaje.<sup>33</sup> Y para que no quede duda del uso político que iba tomando la biografía en 1849 se publicó un libelo que sus editores denominaron biografía de Santa-Anna. Sobre señalar que su autor (anónimo) se dedicó a deturpar de la vida pública, política y militar del personaje.<sup>34</sup>

## Historia y biografía

En esos años Marcos Arróniz aporta un volumen de biografías en el que la búsqueda de identidad nacional, al estilo de Eguíara y Beristáin, toma cuerpo y hace puente con la biografía de corte político, tal cual ensayó Alamán.<sup>35</sup> No obstante, lo que más llama la atención de este trabajo es que Arróniz se propuso reflejar el decurso de la historia patria a través de la vida de sus biografiados y que las

<sup>31</sup> *Ibidem*, t. 2, pp. 409-414.

<sup>32</sup> *Ibidem*, t. 2, pp. 471-479.

<sup>33</sup> Por ejemplo, el *Tercer Calendario de Vicente García Torres para el año 1851*, México, Imprenta del editor a cargo de Luis Vidaurri, en el exconvento del Espíritu Santo, publicó «Apuntes biográficos del Sr. Manuel de la Peña y Peña», la necrología de «Zacaías Taylor 1784-1850» y la «Biografía del Sr. Diputado por el Estado de Jalisco Juan de Dios Cañedo».

<sup>34</sup> *Biografía del general Santa-Anna*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1849.

<sup>35</sup> Marcos Arróniz, *Manual de biografía mexicana o Galería de hombres célebres de Méjico*, París, Librería de Rosa, Bouret y Cía, 1857.



virtudes que los distinguieron sirviesen de ejemplo moral; enlista por orden alfabético a cuarenta personajes cuya vida política o creación intelectual corresponden a finales del periodo virreinal e inicios del independiente, en medio de un contexto donde pareciera que la Guerra de Independencia fuese sólo un breve accidente de la historia, sin mayor trascendencia.<sup>36</sup> Historia y biografía vuelven a vincularse y alimentarse mutuamente, como medio para dar curso a intentos de justificación de acciones políticas y de la posible derivación de éstas favorables o perjudiciales a sus protagonistas.

Otro ejemplo de esa situación lo proporciona una publicación emblemática del periodo, también de carácter enciclopédico, con la que sus autores buscarían incorporar a México en el concurso universal de las naciones «civilizadas»: se trata del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*.<sup>37</sup> En esta publicación la biografía de perfil Bustamante-Alamán-Payno compartiría espacios con el ya caduco estilo de las semblanzas de «vidas piadosas», pero también y en forma paralela, el género biográfico era puesto en un mismo plano de importancia con la escritura de la historia. Editado entre 1853 y 1856 en diez volúmenes en folio, se publicaron dispersas en las páginas del *Diccionario* 101 entradas relativas a semblanzas piadosas de jesuitas tomadas textualmente de la obra de un autor del periodo colonial,<sup>38</sup> así como de religiosos franciscanos, dominicos, agustinos y carmelitas, muchas de ellas tomadas de la ya citada obra de Beristáin de Souza. No obstante, también fue incorporada una serie de biografías que se ajustan más al modelo de Alamán, como la correspondiente a Jaime Balmes,<sup>39</sup> proporcionada por Ma-

<sup>36</sup> *Ibidem, passim.*

<sup>37</sup> *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, México, Imprenta de J. M. Andrade y Escalante, 1853-1856, 10 tomos.

<sup>38</sup> Este autor es el también jesuita Juan Antonio de Oviedo, *Op. Cit.*

<sup>39</sup> *Diccionario Universal...*, t. 1, pp. 438-441.

nuel Berganzo, la del obispo Manuel Abad y Queipo,<sup>40</sup> preparada por Joaquín García Icazbalceta o la de Francisco Javier de Gamboa,<sup>41</sup> escrita por Mariano Otero, entre otras más.<sup>42</sup> Finalmente, uno de los colaboradores del *Diccionario*, José Fernando Ramírez, aportaría al mismo una serie de biografías de personajes del periodo prehispánico,<sup>43</sup> aportación que anuncia una intención que tomaría forma definitiva más adelante: poner en un solo horizonte histórico los acontecimientos del pasado prehispánico y el virreinal, horizonte que los liberales ampliarían más adelante en el periodo de la Reforma, como veremos en las líneas que siguen.

En años previos a la edición del *Diccionario* salió al mercado editorial *Los Héroes* de Thomas Carlyle. En general se acepta que este trabajo, en el contexto histórico en que hace acto de presencia tanto en Europa como en México, influyó en la forma de elaborar la biografía. Editado en 1841, Carlyle hace en su obra apología de los hombres que históricamente han llevado sobre sus hombros la responsabilidad de haber tomado decisiones que guiaron con sus ideas a la sociedad de su tiempo – «la historia universal, la historia de lo que los hombres han realizado en este mundo es, en lo esencial, la historia de los grandes hombres que han actuado en él»-<sup>44</sup> o que con sus actos la convulsionaron, los héroes del momento. Refractario a la democracia, Carlyle compartió con Edmund Burke su admiración por el orden y los valores prevaletentes en la sociedad medieval; además, tanto en Europa como en México es el momento de mayor auge de la tendencia al retorno del conservadurismo. La bio-

<sup>40</sup> *Ibidem*, t. 1, pp. 4-7.

<sup>41</sup> *Ibidem*, t. 9, pp. 387-398.

<sup>42</sup> Para una revisión exhaustiva ver Antonia Pi-Suñer Llorens y otros, *Catálogo de los artículos sobre México en el Diccionario Universal de Historia y Geografía*, México, UNAM, 1997, *passim*.

<sup>43</sup> Ver las referencias en *Ibidem*, p. 252.

<sup>44</sup> Thomas Carlyle, *Los Héroes*, trad. J. Farrán y Mayoral, Ediciones Orbis, 1985, pp. 31.



grafía, entonces, dejaría de buscar a sus sujetos en los hombres piadosos y pondría su atención en los héroes y en los hombres que dejaron huella en la historia; pero ya no sería en aquellos hombres que se habían distinguido por haber dirigido grandes ejércitos conquistadores y que habían salido triunfadores en los campos de batalla pues éstos, según juicios de Voltaire, no tienen méritos que los compare con los grandes hombres creadores de obras útiles a la nación:

Una esclusa del canal que une los dos mares, un cuadro de Poussin, una bella tragedia, una verdad descubierta son cosas mil veces más valiosas que todos los anales de la corte, que todas las relaciones de campañas militares.<sup>45</sup>

Sin embargo tendrían que transcurrir casi veinte años para constatar la vigencia de la biografía liberada totalmente de rémoras hagiográficas, tintes «piadosos» o héroes de virtudes militares. La derrota de Maximiliano y el ejército francés, con el consecuente triunfo de la causa liberal, fueron factores que coadyuvaron igualmente a ver la biografía como una forma literaria más cercana a la historia. Es probable que se pueda considerar como el primer ejemplo en ese sentido la biografía que se hizo al general Ignacio Zaragoza; en realidad es un recuento más o menos detallado de su carrera militar pero importa tener presente que su autor ponderó la figura del defensor de la patria, triunfante de Puebla, en términos de trascendencia histórica:

¿Quién era este hombre? Para que lo diga la historia, sus contemporáneos deben presentarle los datos relativos a su biografía, y esto es lo que yo me he propuesto hacer en el presente escrito. Le conocí le traté íntimamente y acompañé multitud de veces durante su corta vida pública.<sup>46</sup>

<sup>45</sup> Citado por François Dosse, *El arte de la biografía...*, pp.150.

<sup>46</sup> Manuel Z. Gómez, *Biografía del General de División Ignacio Zaragoza*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1862, pp. V.



Arturo Soberón Mora

Así entonces, ese nuevo giro en la elaboración del género biográfico se verificó más concretamente al finalizar la década de los sesenta. Precisamente en el año de 1869, Ignacio Manuel Altamirano publicó varias biografías en el periódico *El Renacimiento* en las que dejaría constancia de ese cambio. En la dedicada al compositor Melesio Morales, Altamirano ya otorga a este el tratamiento de hombre *ilustre*, título del todo significativo toda vez que Morales no ha fallecido en esos años y que Altamirano justifica esgrimiendo juicios similares a lo expresado décadas atrás por Voltaire:

Se ha escrito, a veces, volúmenes enteros para referirnos la vida de un hombre ilustre, cuyas mayores hazañas consisten en haber acuchillado a millares de hermanos suyos; de algunos de esos hijos de la fortuna, cuyo pedestal ha sido, por lo común, una hecatombe humana; y apenas hay unas cuantas líneas escritas por los historiadores para recordar a los mexicanos que con su inteligencia o sus heroicos trabajos han llenado de gloria el nombre de la patria, sin verter en sus campos una gota de sangre y sin hacer derramar una sola lágrima a ninguna familia infeliz.<sup>47</sup>

En el año de 1870, casi como reflejo de lo anterior y formando parte de la consolidación del género biográfico en su versión moderna, fue editada la biografía del obispo Clemente de Jesús Munguía.<sup>48</sup> No es la biografía del «héroe» – por lo menos no en el sentido de Carlyle– tampoco es la del «hombre ilustre», modalidad que para esos años ya asoma sus páginas por la ventana del género, pero sí es ya la del «hombre sobresaliente» el hombre «eminente», cuyas virtudes cívicas son tan dignas de encomio como las enunciadas. Aun domina el trabajo un discurso de acentuado tono

<sup>47</sup> *El Renacimiento, periódico literario*, edición facsímil de la de 1869, México, UNAM, 1979, [2 tomos], tomo 1, pp. 305-308, 331-333, 337-341, 360-363.

<sup>48</sup> Miguel Martínez, *Monseñor Munguía y sus escritos*, México, Imprenta de José Mariano Lara, 1870.



providencialista, sin embargo su estructura responde a los parámetros de análisis ya comentados:

Las naciones se congratulan con sus grandes hombres; y los grandes hombres ilustran sus naciones. Dios en sus impenetrables designios reparte sus dones a las naciones, como a los hombres. A estos distribuye las dotes del entendimiento, de la voluntad y del cuerpo, a propósito de la misión que les confía en su familia, en la población, en su patria y en el mundo. A los estados distribuye los hombres eminentes, a propósito de sus necesidades y de sus acontecimientos. Bajo este aspecto, y desde este punto de vista, se deben considerar los hombres sobresalientes en la historia.<sup>49</sup>

Miguel Martínez, autor de la biografía del obispo Munguía, se trazó un ambicioso plan para la elaboración de la misma, desafortunadamente sólo llegó a publicar el primer volumen de los tres que tenía programados.<sup>50</sup> Esta razón ha influido sensiblemente para que la obra esté escasamente ponderada a pesar de sus indiscutibles méritos. De hecho puede afirmarse que, a pesar de su condición trunca -y con las reservas que obligan los lineamientos hermenéuticos propios de la nueva biografía-, estamos ante la primera biografía intelectual de un personaje. Martínez aborda la vida y obra de Munguía situándolo en el agitado contexto político y cultural del México de mediados del siglo XIX y va desglosando los pormenores de la formación intelectual de su personaje. Lo ubica, sobre todo, como un gran innovador en la enseñanza y práctica de la *elocuencia*, que entiende como parte de los intentos del obispo por reformar la caduca oratoria forense que dominaba en Morelia. Refiere, finalmente, su incursión inicial en la arena política y forense de la ciudad de México, de la que Munguía se decepciona en un primer intento, decep-

<sup>49</sup> *Ibidem*, Introducción.

<sup>50</sup> Véase, Emeterio Valverde Téllez, *Bibliografía filosófica mexicana*, ed. facsímil de la de 1913, El Colegio de Michoacán, 1989, [2 vols.] vol. 1, p. 360.



Arturo Soberón Mora

ción que le lleva a retornar a Morelia; no obstante, deja establecida en la gran urbe desde entonces sólida relación con personajes como Lucas Alamán, Manuel Sánchez de Tagle, el conde de la Cortina y el jesuita Basilio Arrillaga con quienes, como sabemos, el obispo Munguía formaría en años posteriores temible frente a los intentos de renovación constitucional de sus pares liberales.

### Biografía y Reforma liberal

Sin pausa y con la lección de los años antecedentes, asolados por la cruenta guerra civil y la invasión francesa, los protagonistas del liberalismo triunfante comenzaron a tejer una historia que fuese reflejo fiel de la causa enarbolada. La biografía, como mostró José Fernando Ramírez, resultó un buen recurso para encaminar a la población a recorrer con veneración los mausoleos del nuevo panteón de la patria. En 1873 el editor Eduardo Gallo convocó a Ignacio Manuel Altamirano y a un nutrido contingente de hombres de letras comprometidos con la causa liberal, con el fin de elaborar la biografía de los personajes que, desde el periodo prehispánico hasta esa fecha, habían alcanzado con sus acciones a favor de la nación el nivel de «ilustres».<sup>51</sup> Los autores de la obra se sirvieron de la biografía para trazar una nueva forma de estructurar y ver la historia de México. A diferencia de la historia de Lucas Alamán en la que el pasado indígena es un escenario sin relevancia y los hechos que

<sup>51</sup> Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Acuña y otros, *Hombres ilustres mexicanos. Biografías de los personajes notables desde antes de la conquista hasta nuestros días*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, [Eduardo Gallo, editor], 1878, 3 tomos. Los autores participantes en el proyecto fueron, además de Altamirano y Acuña: Alfredo Chavero, Julio Zárate, Agustín R. González, Pantaleón Tovar, Eufemio Mendoza, Eduardo L. Gallo, Jorge Hammeken y Mexía, Manuel de Olaguibel, José M. Baranda, Francisco de A. Lerdo, José Olmedo y Lama, M. Palomeque, Gustavo Baz, R. R. Ramírez, José María Vigil, Francisco G. Cosmes y Eduardo Ruíz.



dan forma a la nueva nación inician con el arribo de Hernán Cortés y sus huestes,<sup>52</sup> las biografías de los personajes del periodo prehispánico, presentadas todas en orden cronológico, se funden en un todo histórico con las correspondientes a los siglos subsecuentes. Según esta nueva periodización, la historia patria no inicia con el periodo colonial, la cultura de las naciones aborígenes era ahora integrada a la dinámica histórica de la nación, trazando con su impronta una suerte de línea de continuidad con los periodos posteriores. De esta forma Altamirano y acompañantes expresaban su interés por «prestar un servicio a la historia nacional».<sup>53</sup> Sin duda, al poner las biografías en el citado orden cronológico, aspiran a «encadenar los sucesos de tal manera que nuestra obra pueda ser la historia de México».<sup>54</sup> Los autores rescatan, de forma implícita, la posición indigenista de Carlos María de Bustamante y la llevan a terrenos de abierta discrepancia ideológica con aquellos autores que se identifican con la historiografía de tradición hispanista. El lenguaje usado es contundente:

«Zumárraga y Cortés, o mejor dicho, el fanatismo y la tiranía, el altar y el sable, fueron impotentes para dar muerte del todo a las tradiciones, para extinguir los recuerdos, para apagar el corazón del pueblo oprimido.»<sup>55</sup>

El programa de las biografías incorporadas a los tres tomos de la obra refleja nítidamente la posición asumida: en el primero aparecen personajes del periodo prehispánico, básicamente del dominio mexica, que van de Tenoch a Cuauhtémoc; el tomo dos inicia con

<sup>52</sup> Lucas Alamán, *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, ICH-FCE, 1985, ed. facsímil de la de 1850, 5 tomos, ver tomo 1.

<sup>53</sup> Ignacio Manuel Altamirano, M. Acuña y otros, *Hombres ilustres...*, t. 1, p. 5.

<sup>54</sup> *Ibidem*, t. 1, p. 6.

<sup>55</sup> *Ibidem*, t. 1, p. 8.



*Arturo Soberón Mora*

Malintzin, Xicotencatl, Xolotl y Netzahualcoyotl y continúa con Martín Cortés -eliminando la figura del padre- y una serie de personajes que, a juicio de los autores, contribuyeron a la fundación y engrandecimiento de una cultura colonial de construcción criollo-mestiza, entre los que destacan los pintores –los hermanos Rodríguez Juárez, Miguel Cabrera, José de Ibarra, etc.- y hombres y mujeres de letras –Carlos de Sigüenza y Góngora, Sor Juan Inés de la Cruz-. En el tomo tercero se confirma esa vocación al ser incorporados personajes de perfil similar a los de los tomos anteriores, como el escultor José Zacarías Cora, el abogado Francisco Javier Gamboa, Francisco Xavier Clavijero, Antonio de Alzate, José Joaquín Fernández de Lizardi y otros pero con la peculiaridad de que al llegar a los personajes de la Independencia se omite la figura de Agustín de Iturbide y sólo se mencionan a Josefa Ortiz de Domínguez, Miguel Hidalgo, Ignacio López Rayón y los compañeros de Hidalgo. Con la obra de Altamirano el género biográfico quedó instalado abiertamente en el debate político, pero sobre todo en el de la interpretación histórica, y se aviene cómodamente a los objetivos promocionales de la causa liberal y su visión secular e integradora pero individualista del pasado prehispánico, virreinal e independiente.

Entre los años de 1881 a 1884 aparecieron publicados cinco trabajos en los que se ensayan variadas expresiones de esta matriz: uno corresponde al ensayo biográfico que lleva a cabo Luis Pérez Verdía en torno a Prisciliano Sánchez, le sigue Eduardo Ruíz sobre la figura de Melchor Ocampo, otro del propio Altamirano sobre la vida del padre Miguel Hidalgo y Costilla, uno más del mismo autor sobre la vida de su mentor Ignacio Ramírez y el quinto corresponde a una serie de biografías de mexicanos «distinguidos» elaboradas por Francisco Sosa. Veamos: Prisciliano Sánchez fungió como diputado del primer Congreso Constitucional de 1824, en cuyo seno destacó y obtuvo el reconocimiento que lo llevó a ser electo primer gobernador del Estado de Jalisco en enero de 1825. Pérez Verdía



realizó un breve pero ponderado ensayo biográfico del personaje, en el que puso de relieve su labor como gobernador.<sup>56</sup> Melchor Ocampo había sido asesinado por las fuerzas del general Márquez en 1861, es decir, habían transcurrido apenas veintidós años de su muerte cuando Eduardo Ruíz publicó su biografía.<sup>57</sup> Es probable que por esta cercanía en el tiempo y por las circunstancias dramáticas que rodearon la muerte de Ocampo, habiendo sido un personaje de gran aprecio entre quienes lo trataron, Ruíz escribió la biografía en un tono hagiográfico. Por su parte Altamirano acomete la vida de Hidalgo convencido de la necesidad de historiar los hechos:

...heroicos [así como de sus ejecutantes] con el fin de mantener vigoroso el sentimiento de nacionalidad y de robustecer en el ánimo popular la resolución de conservar incólume el tesoro de la Independencia.<sup>58</sup>

Bajo este impulso de orden nacionalista y patriótico, lo que lleva a cabo Altamirano, más que elaborar una biografía del personaje es ensayar un homenaje épico a la labor revolucionaria que emprendió Hidalgo. Es quizá por ello que Altamirano evita calificar el papel de su personaje como líder de la revolución misma, así como de las decisiones que tomó a lo largo de la campaña militar. Muy cercano a Ignacio Ramírez, el ensayo biográfico que le dedica Altamirano es, debido a esa misma cercanía, una paradójica amalgama de tradición y modernidad: tradición porque en el texto se enaltecen las virtudes morales que distinguieron al personaje y modernidad por-

<sup>56</sup> Luis Pérez Verdía, *Biografía del Excmo. Sr. Prisciliano Sánchez, primer gobernador constitucional del Estado de Jalisco*, Guadalajara, Tipografía de Banda, 1881.

<sup>57</sup> Eduardo Ruíz, *Biografía del C. Melchor Ocampo*, México, Tipografía de «La República», 1882.

<sup>58</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *Obras Completas II. Obras Históricas*, ed., pról. y notas Moisés Ochoa Campos, México, SEP, 1986, p. 215.



Arturo Soberón Mora

que Altamirano logra una sabia y elocuente descripción de su obra literaria y científica, así como del carácter de Ramírez, todo ello como producto y en exacta combinación con su contexto social y político.<sup>59</sup>

Para 1884, observamos que es ahora Francisco Sosa quien se suma a la zaga de biografías de mexicanos «distinguidos» que marcan el curso de los hechos históricos. Al igual que Altamirano y acompañantes, Sosa valora al género biográfico como una llave para penetrar en los arcanos de la historia de la humanidad. Sin embargo, influido ya para entonces por el pensamiento positivista en el campo de la biografía, asigna gran relevancia a la consulta obligada de los documentos de vida del personaje. Existe ya en Sosa un prurito por obtener un resultado de investigación cercano al procedimiento científico, basado en la consulta de fuentes de primera mano y llega incluso a lamentar los obstáculos que suelen poner los deudos para acceder a la consulta de sus papeles personales.<sup>60</sup>

Hacia la década de 1890 el dominio que ejercía el régimen de Porfirio Díaz sobre la nación era abrumador, por lo consiguiente la apología de los hombres vinculados a la Reforma y la lucha liberal es ya abierta y se expresa casi como política de estado. Así puede interpretarse el trabajo biográfico colectivo que sacaron a la luz en ese año varios literatos liberales encabezados por Enrique M. de

<sup>59</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas XIII. Escritos de literatura y arte, tomo 2*, selección y notas José Luis Martínez, México, SEP, 1988, pp. 102-153. La edición original es *Biografía de Ignacio Ramírez*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1889.

<sup>60</sup> Francisco Sosa, *Biografías de mexicanos distinguidos*, México, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884, pp. VI-XI; cuatro años después, Sosa colaboraría con el ingeniero Antonio García Cubas aportando sendas biografías para la primera edición que éste llevó a cabo de su *Diccionario Geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*, México, Antigua Imprenta de Murguía, 1888, 5 tomos (García Cubas también incorporó varias biografías de las publicadas previamente en el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* ya comentado).



los Ríos. En esta obra importan los personajes biografiados pero interesa igualmente el programa de reformas políticas y sociales que impulsaron todos y cada uno de ellos, entre 1855 y 1867, desde las distintas posiciones en las que les tocó desempeñarse, incluidas las militares. Es así que la empresa épica llevada a cabo por los personajes domina el escenario y se sugiere como ejemplo de entereza patriótica.<sup>61</sup> Un cierto tono de veneración sugiere un embozado retorno a una suerte de tesis providencialista de corte secular, difícil de eludir por lo menos en el comentario a la biografía de Valentín Gómez Farías:

...el único [...] cuyas miradas alcanzaban a leer el libro del porvenir y que presentía el advenimiento de los buenos principios y la futura grandeza de su patria.<sup>62</sup>

Al final lo que queda patente es que con ese acervo biográfico, de los Ríos editó un volumen de acabado perfil liberal.<sup>63</sup>

El siguiente paso consistió, entonces, en trascender el esquema de asumir la historia patria a través de los «heroicos trabajos» de los «hombres ilustres»; había quedado en claro quiénes habían sido los libertadores de la nación, así como sus posteriores constructores, lo que se perfilaba ahora era acudir a la biografía como medio para exaltar a los herederos naturales y continuadores de tal apoteosis histórica: la clase política en el poder. El régimen porfirista había desarrollado una cuidada estructura político-administrativa que permitía el flujo generoso de recursos a los hombres de letras agru-

<sup>61</sup> Enrique M. de los Ríos, Francisco Gómez Flores, Luis González Obregón y otros, *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención*, México, Imprenta del «Hijo del Ahuizote», 1890, Edición de Daniel Cabrera.

<sup>62</sup> *Ibidem*, pp. 12.

<sup>63</sup> Enrique M. de los Ríos, Francisco Gómez Flores, Luis González Obregón y otros, *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención*, México, Imprenta del «Hijo del Ahuizote», 1890, Edición de Daniel Cabrera.



Arturo Soberón Mora

pados en la prensa, instituciones literarias y científicas, entre otras, a cambio de los cuales se aseguraba su simpatía o abierta lealtad. Con frecuencia acudió simple y llanamente al financiamiento directo. A finales de la década del ochenta aparecieron sendos trabajos que ilustran las situaciones aludidas: el historiador estadounidense Hubert H. Bancroft, editó una voluminosa biografía de Porfirio Díaz, no era la primera dedicada al militar oaxaqueño pero resulta paradigmática.<sup>64</sup> Ajustándose a la estructura que definió Plutarco desde un inicio para el género biográfico -ascendencia del personaje, hechos significativos de su vida, rasgos característicos de su obra y labor pública- Bancroft armó un escenario monumental para ubicar la vida y hechos de Díaz en el que la historia nacional se funde, se lee y casi se explica a través de la propia vida del personaje. En la lujosa edición de la obra contribuyó generosamente como coeditor el gobierno de Díaz.

En el otro ejemplo tenemos la edición de Ireneo Paz. Casi en forma paralela a los trabajos de Altamirano, Bancroft y M. de los Ríos, Ireneo Paz publicó en español, francés e inglés una obra titulada *Los hombres prominentes de México*, trabajo en el que la biografía ya no sólo es objeto de confrontación, incluso puede decirse que ha superado esa fase para ser instalada en la de la promoción política.<sup>65</sup> Esta parece ser la intención de Paz al llevar a cabo una publicación que firma en su calidad de presidente de la Prensa Asociada de México e imprime en el negocio familiar, la imprenta de «La Patria», instalada en esos años en el Callejón de Santa Clara num. 6. Como podemos notar, nos encontramos en el periodo en que la biografía se concibe ya a partir de los méritos de los «grandes hom-

<sup>64</sup> Huberto Howe Bancroft, *Vida de Porfirio Díaz. Reseña histórica y social del pasado y presente de México*, California, The History Company-México, La Compañía Historia de México, 1887.

<sup>65</sup> Ireneo Paz, *Los hombres prominentes de México*, México, Imprenta y Litografía de «La Patria», 1888.



bres», en la zaga de como los concibieron Victor Cousin (1792-1867), François Guizot (1787-1874) y Jules Michelet (1789-1874);<sup>66</sup> los «héroes», al estilo de Carlyle, han dejado de considerarse los constructores de la nación. Paz emprende su obra con el fin de mostrar a las naciones «civilizadas» el grado de avance que tenía México en ese momento mediante aquellos personajes que habían adelantado en distintas ramas de la economía, la política, los negocios, la industria, la banca, la cultura, las artes, las ciencias, la milicia, etc. No es casual que sea Porfirio Díaz quien encabece una lista de 160 personajes extraídos de todos los ámbitos de la vida pública del México de esos años; no se trata de personajes de la historia sino individuos en plena actividad y con presencia y prestigio social vigente así, las semblanzas biográficas son más bien breves panegíricos de cada uno de ellos.

Si bien en su momento no llegó a ser un género en sí mismo, la biografía-ficción elaborada por Paz, como empresa editorial tuvo buen éxito. Paz se distinguió, entre otras cosas, como un oficioso político, escritor y editor liberal; actividad, esta última, con la que encontró invariablemente la forma de congraciarse con el régimen de Porfirio Díaz. De hecho, casi siempre logró conjugar exitosamente las tres actividades al grado de complementar éstas entre sí. De tal forma, don Ireneo ensayó con cierto éxito la novela histórica, produciendo algunos títulos -publicados en su imprenta- que bien pueden considerarse novelas biográficas. Ejemplo de ello es su novela o «leyenda histórica», como prefería llamarle, titulada *Guerrero*. Si bien no se trata en estricto sentido de una biografía, ofrece en la misma un perfil biográfico bastante completo del protagonista de la novela, en este caso Vicente Guerrero, conjugando elementos de ficción con datos de la historia real del mismo.<sup>67</sup>

<sup>66</sup> François Dosse, *El arte de la biografía...*, pp.150-168.

<sup>67</sup> Para mayores datos sobre la obra de Ireneo Paz, ver de este autor *Algunas campañas*, est.





Arturo Soberón Mora

A pesar de los trabajos de Altamirano, M. de los Ríos, Sosa, Bancroft y Paz, no todos los cultivadores del género biográfico de este último periodo se ajustaron al modelo desarrollado por los autores citados. El editor Victoriano Agüeros, por ejemplo, publicó en el año de 1883 una serie de semblanzas biográficas en las que si bien no vemos un retorno a la antigua hagiografía, sí apreciamos en ellas una suerte de encomio a las virtudes individuales de cada uno de los biografiados y con ello su pertinencia para presentarlos al lector como ejemplos morales.<sup>68</sup> Al cerrar el siglo el propio Agüeros publicó en su apreciable colección denominada «Biblioteca de Autores Mexicanos» varios trabajos de Joaquín Baranda, en un solo volumen, entre los que destaca para nuestro interés la biografía que el propio Baranda elaboró en memoria del doctor Manuel Campos.<sup>69</sup> Con este testimonio biográfico Baranda ofreció rendido tributo a quien, a su juicio, dedicó su vida a servir a sus semejantes, actitud que dejó ilustrada al describir el trato profesional y humano que el doctor Campos ofreció a los pacientes del hospital de San Juan de Dios en la ciudad de Campeche, además de impartir sus conocimientos y formar nuevos profesionistas en esa localidad. Baranda, en este trabajo hizo suyas las tesis anteriormente expresa-

---

introd. por Antonia Pi-Suñer, México, FCE-El Colegio Nacional, 1997, 2 vols.

<sup>68</sup> *El Tiempo. Editor propietario y director Victoriano Agüeros Tomo 1*, México, Imprenta de la «Biblioteca Religiosa, Histórica, Científica y Literaria», 1883. Entre los personajes a quienes Agüeros dedica semblanzas biográficas se encuentran: el obispo José María Díez de Sollano; el pintor Félix Parra; Francisco Manuel Sánchez de Tagle; presbítero Anastasio María Ochoa; los poetas Fray Manuel Navarrete, Fernando Calderón, Ignacio Rodríguez Galván, Manuel Carpio, José Joaquín Pesado; el dramaturgo Manuel Eduardo de Gorostiza; Sor Juana Inés de la Cruz (cabe el mérito a don Victoriano de ser de los primeros autores modernos en fijar la atención en su vida y obra); Juan Ruiz de Alarcón; el obispo Ignacio Montes de Oca; Alejandro Arango y Escandón y la nota necrológica al clérigo Ignacio Aguilar y Marocho. Varios años después el propio Agüeros reimprimió varias de estas semblanzas biográficas en un solo volumen: *Obras literarias de Victoriano Agüeros*, México, Imp. de V. Agüeros, Editor, 1897.

<sup>69</sup> *Obras del Lic. Joaquín Baranda*, México, Imp. de V. Agüeros Editor, 1900, pp. 205-260.

das por Voltaire y Altamirano con relación a la utilidad social de la biografía:

Lamartine ha dicho: *La humanidad actual no se equivoca ya. La libertad, la patria, la inmortalidad misma no aceptan para su rescate una sola gota de sangre que caiga del hierro homicida. A tal precio sería muy cara la libertad de todo el linaje humano.* Sin embargo se immortalizan los hechos del guerrero, existe la apoteosis para esos genios destructores que presiden los combates, tremendos dueños de la humanidad apasionada, para la cual no han vuelto todavía los Anfictiones. Los partidarios de la fraternidad universal formemos con nuestras tendencias contraste con esas de que se enorgullecen aún los pueblos modernos. Demos a conocer la vida de los sabios y de los bienhechores, para presentar ejemplos a la juventud que debe reemplazarlos. La biografía de un hombre virtuoso es el mejor libro de enseñanza. Levantemos monumentos sin que tengan mezcla de sangre, de lágrimas y de dolores.<sup>70</sup>

Expresamos que la biografía había asentado también su presencia en el ámbito académico o más propiamente literario y científico de la época. En efecto, dicha presencia se materializó principalmente en dos publicaciones periódicas de gran importancia en el México del siglo XIX y principios del XX: el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* (BSMGE) y la revista *Anales del Museo Nacional de México* (AMNM). Para ser más precisos, el *Boletín* publicó notas necrológicas y biografías casi desde sus primeros números, no obstante se trató de textos, en la mayoría de los casos, en los que los personajes estaban íntimamente vinculados a los círculos literarios y científicos del momento.<sup>71</sup> Consideramos que una de las bio-

<sup>70</sup> *Ibidem*, pp. 258-259 (las cursivas son de la cita del autor).

<sup>71</sup> Véase *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*: Rafael Espinoza. Biografía de José A. Escudero, 1<sup>a</sup>. época, X, 1853, pp. 37-38; José Guadalupe Moreno, J. M. Durán y conde de la Cortina, Biografía de Benigno Bustamante, 1<sup>a</sup>. época, VII, 1859, pp. 97-102; J. Guadalupe Romero y J. N. de Pereda. Biografía del conde de la Cortina, 1<sup>a</sup>. época, VIII, 1860, pp. 249-266 (el mismo año se publicó en forma de libro el mismo texto con el siguiente pie de imprenta: México, Imprenta de A. Boix); José Bernardo Couto.

grafías más relevantes publicadas en el BSMGE, tanto por el personaje biografiado como por su naturaleza corresponde a la del Conde de la Cortina (1799-1860). Como es bien sabido éste personaje tuvo un amplio dominio de conocimientos científicos y literarios, sobre todo en el campo de la filología, no común en el medio mexicano de la época, que refrendó en variadas publicaciones. Promovió y formó parte de la fundación de diversas instituciones culturales y científicas, entre las que se encuentra la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. También ocupó cargos administrativos en los que reveló facetas polémicas de su personalidad. Los autores de su biografía, J. Guadalupe Romero y J. N. de Pereda, aplican en su trabajo de forma muy puntual el esquema de Plutarco ya enunciado al inicio del presente ensayo, mencionando la obra literaria y científica del Conde, pero sin profundizar en el análisis. Eluden, además, incurrir en la incorrección política de, si no examinar, por lo menos señalar el talante autoritario que exhibió Cortina en el desempeño de los cargos políticos que le fueron encomendados, y dejan esa tarea al «juicio de la historia»: *...porque él, como todos los hombres públicos, está bajo el dominio de la historia.*<sup>72</sup> Ajustado a lo anterior deciden, en cambio, ponderar las virtudes morales y ciudadana-

Biografía de Manuel Carpio, 1ª. época, VIII, 1860, pp. 355-367; Fortunato Soto. Apuntes biográficos de Joaquín Fuero, 1ª. época, VIII, 1860, pp. 450-453; J. Guadalupe Romero. Biografía de José Joaquín Pesado, 1ª. época, IX, 1865, pp. 145-149; Fortunato Soto. Apuntes para la biografía de Mariano Monterde, 1ª. época, XI, 1865, pp. 191-197; J. G. Romero. Noticias biográficas de Mucio Valdovinos, 1ª. época, XI, 1865, pp. 217-219; J. M. García. Apuntes biográficos del Gral. Mariano Arista, 2ª. época, I, 1869, pp. 926-928; Francisco Sosa. Ensayo biográfico de Crescencio Carrillo, 3ª. época, I, 1873, pp. 541-545; Santiago Ramírez. Biografía de Andrés Manuel del Río, 4ª. época, II, 1890, pp. 205-251; Francisco Sosa. Biografía de Manuel Orozco y Berra, 4ª. época, II, 1890, pp. 9-26; Luis González Obregón. Necrología de Ignacio M. Altamirano, 4ª. época, II, 1890, pp. 722-743; Vicente de P. Andrade. Apuntes biográficos de Manuel Fernando Agustín Cruzado y Pardo, 5ª. época, VII, 1914, pp. 47-48; Miguel Salinas. Bosquejo biográfico de Cecilio A. Robelo, 5ª. época, VII, 1918, pp. 499-515.

<sup>72</sup> J. Guadalupe Romero y J. N. de Pereda, *Biografía del conde...*, pp. 254.

nas del Conde transformando su biografía en una suerte de panegírico:

Como padre de familia apenas podrá designarse condición adecuada de que careciese. Esposo digno de su virtuosa consorte, padre tierno y amante, fino y espléndido en el seno de la familia, en grado más alto que lo era en sociedad y decoroso en todas las relaciones de la vida doméstica, no era menos recomendable bajo este punto de vista que acreedor a la estimación universal.<sup>73</sup>

En el mismo tomo VIII del BSMGE en el que se publica la biografía del Conde de la Cortina, se encuentra una sobre Manuel Carpio (1791-1860) escrita por José Bernardo Couto (1803-1862). No es mucho lo que se puede agregar en relación a la anterior; ciertamente el tratamiento suele ser un poco más ponderado quizá porque el carácter mismo de Carpio en vida, al parecer de tintes intransigentes, y a quien trató Couto, así como las actividades a las que se dedicó —el ejercicio de la medicina y la poesía, pasando por la política— permitieron al propio Couto trazar una semblanza en la que afloran pulsos claros pero elegantes acerca del peculiar talante de Carpio.<sup>74</sup>

Por su parte, la revista *Anales del Museo Nacional de Historia*, como ya se señaló, se ocupó igualmente de la biografía, si bien en menor profusión que el BSMGE. Sin embargo, a diferencia de éste, en donde la mayor parte de las biografías tuvieron el perfil de homenaje a personajes del periodo, como los ejemplos referidos líneas arriba, las de *Anales* corresponden, en su mayoría a personajes de la historia, con lo cual queda acentuado el valor y propósito académi-

<sup>73</sup> *Ibidem*, pp. 265.

<sup>74</sup> José Bernardo Couto, *Biografía del Sr. Dr. Manuel Carpio...* pp. 355-366.

co de las mismas.<sup>75</sup> Ejemplo sobresaliente es la biografía que escribió Genaro García para la insurgente Leona Vicario. Era comprensible que, ante la proximidad del primer Centenario de la Independencia, Genaro García, quien a la sazón fungía como director del Museo Nacional, se avocase a la tarea de elaborar la biografía de un personaje destacado de la Revolución de Independencia –recorremos que a la postre García sería responsable de los festejos culturales del Centenario por parte del Museo Nacional. ¿Por qué Leona Vicario? Carmen Ramos Escandón ha puesto de relieve el carácter excepcionalmente proclive a una posición favorable a la mujer de Genaro García, en su papel de funcionario del régimen porfirista.<sup>76</sup> Influidos por las tesis que al respecto difundían Herbert Spenser y John Stuart Mill, a contracorriente de la posición dominante en su momento, García simpatizaba con la idea de mejorar la condición social de la mujer y reconocerle derechos políticos sustanciales. De esta forma resulta natural que se interesase en una mujer como objeto de su biografía. Además el aura épico que rodeaba la personalidad de Vicario se prestaba a la medida para el caso. El resultado fue una biografía estructuralmente completa y de estilo alejado de los modelos apologéticos comunes al periodo. García dedica am-

<sup>75</sup> Véase *Anales del Museo Nacional*: Nemesio García Naranjo, Sor Juana Inés de la Cruz, 2ª. Época, 1906, t. III, pp. 561-573; Genaro García, Leona Vicario, 3ª. Época, 1909, t. 1, pp. 255-457; Elías Amador, Noticias biográficas de insurgentes apodados, 3ª. Época, 1910, t. 2, pp. 5-132; Antonio Albarrán, Biografía popular del libertador Miguel Hidalgo, 3ª. Época, 1911, t. III, pp. 5-55; Antonio Albarrán, Biografía popular del libertador Miguel Hidalgo, 3ª. Época, 1911, t. III, pp. 5-55; Juan B. Iguíniz, Apuntes biográficos del Dr. D. Francisco Severo Maldonado, 3ª. Época, 1911, t. III, pp. 129-154; Manuel Romero de Terreros, Apuntes biográficos del Illmo. Sr. Juan Gómez de Parada, 3ª. Época, 1911, t. III, pp. 231-250; J. Ignacio Dávila Garibi, Apuntes biográficos del Exmo. e Ilmo. Sr. D. Juan Cruz Ruíz de Cabañas y Crespo, obispo electo de la sede de León de Nicaragua, 3ª. Época, 1912, t. IV, pp. 5-39; José María de la Fuente, Matamoros. Apuntes biográficos, 3ª. Época, 1912, t. IV, pp. 275-480.

<sup>76</sup> Carmen Ramos Escandón, «Genaro García, historiador feminista de fin de siglo», en *Signos Históricos*, 2001, ene-jun, número 5, pp. 87-107.



plio espacio a la romántica, a la vez que aciaga, relación que tuvo Leona la mayor parte de su vida con don Andrés Quintana Roo y las peripecias que ambos sufrieron en su peregrinar insurgente. El éxito editorial del texto fue rotundo desde un inicio y hasta la fecha sigue siendo una de las biografías de héroes y heroínas insurgentes que se lee con mayor interés.

### La biografía secuestrada

El régimen porfirista no escatimó en reconocer a Benito Juárez como la figura indiscutible del triunfo liberal que permitió al propio Díaz llegar al poder. En el año de 1906 se cumplieron los primeros cien años del nacimiento del Benemérito pero Díaz decidió vincular el festejo con el de los cien años de la Revolución de Independencia, para cuyo efecto ordenó en 1910 edificar en su memoria el Hemiciclo emplazado en la Alameda Central de la ciudad de México. Las biografías de Juárez que aparecieron en esos años pueden dividirse en dos partes: en la primera se encuentran aquellas que responden a una digamos determinación individual de rendir homenaje al impulsor de la Reforma y tienen que ver con la celebración del centenario de su natalicio; en la segunda se enfilan aquellos trabajos que, en la mayoría de los casos, se vinculan con el impulso político que el régimen porfirista dio a la memoria del Juárez liberal, es decir, se trata de biografías de orden legitimador. Entre las del primer grupo destaca la de Anastasio Zerecero.<sup>77</sup> Con la solvencia que lo distinguió como historiador, Zerecero escribió un ensayo biográfico que, si bien no deja de tener vocación panegírica, aborda con gran sentido de objetividad, abundantemente documentada, el origen social de Juárez, su formación intelectual, su carrera política, así como

<sup>77</sup> Benito Juárez. *Exposiciones (Cómo se gobierna) Biografía*, Notas de Ángel Pola, México, 1902.





Arturo Soberón Mora

las acciones que la distinguieron. Dos años después de publicada la obra de Zerecero salió de las prensas otro trabajo dedicado a Juárez escrito por Juan de Dios Peza.<sup>78</sup> A diferencia del primero, Peza imprime en su ensayo primordialmente el testimonio personal, colmado de admiración y gratitud hacia Juárez para, a continuación, detallar los momentos en los que, a su juicio, se llevaron a cabo las decisiones trascendentales en la aplicación de las leyes de Reforma. A diferencia de otros autores, que centran su atención en la naturaleza estrictamente política de la aplicación de la Reforma, Peza ofrece pormenores sobre la forma en la que dicha aplicación impactó en el ánimo social, particularmente en sus protagonistas directos, ofreciendo con ello imágenes que por sí mismas expresan el drama social que se vivía en esos momentos. En el año del natalicio el gobierno convocó un concurso literario que tenía como objeto rendir memoria a Juárez. El trabajo galardonado —que ilustra el segundo grupo— correspondió al ensayo biográfico que escribió Rafael de Zayas Enríquez.<sup>79</sup> Influido por las ideas de Herbert Spencer, Zayas presenta a un Juárez moldeado por su medio geográfico y condicionado por su entorno social. El tono que usa en el texto es ampuloso y sigue de cerca la biografía que cuatro años antes había publicado Anastasio Zerecero —al que pretende enmendarle la plana, aunque es poco lo que aporta de novedoso sobre la vida y hechos del personaje, siendo pródigo en asignar adjetivos dirigidos a aquellos que, a su juicio, traicionaron al Benemérito—.

Al concluir el siglo XIX, la biografía había asentado pleno dominio en los medios literarios, académicos y políticos del país, y al decir literarios se incluye el ámbito de la escritura de la historia. De

---

<sup>78</sup> Juan de Dios Peza, *Benito Juárez. Memorias de Juan de Dios Peza*, México, J. Ballecá y Cia., 1904.

<sup>79</sup> Rafael de Zayas Enríquez, *Benito Juárez. Su vida, su obra*, México, Tipografía de la viuda de Francisco Díaz de León, 1906.





hecho, literatura, política e historia convergen en la biografía a guisa de ayuntamiento que define los tiempos políticos que corrían y la transmutan en una suerte de herramienta cortesana de elogio clasista. La Revolución trastocaría más adelante este nuevo perfil, digamos *porfirista*, que había adquirido la biografía pero previo a ese colapso todavía se verían algunos ejemplos paradigmáticos.

Al término de su gestión como gobernador de Sonora, en el año de 1900 Ramón Corral fue nombrado por Porfirio Díaz gobernador del Distrito Federal. Ese mismo año un antiguo colaborador de Corral, Manuel R. Uruchurtu<sup>80</sup> le dedicó una biografía que resume los elementos expuestos líneas arriba: en primer término Uruchurtu lleva a extremos delirantes el discurso positivista dominante para justificar el haber elaborado la biografía de una persona en pleno uso de sus facultades y desempeñando un cargo público importante pero, a su juicio, incrustado ya, por mérito propio, en los anales de la historia. Para el autor la historia es, precisamente, una suerte de ciencia que analiza a los individuos muertos y los «disecciona» para llegar a la verdad de los hechos. La biografía, por su parte –según el juicio de Uruchurtu– estudia a los individuos vivos «...porque su carácter es más fisiológico que anatómico, y no se estudia el funcionamiento de los órganos en cuerpos muertos.»<sup>81</sup> Y sin ningún empaño el autor concluye:

La historia, en fin, si acaso necesita ocuparse con detenimiento de los individuos, los estudia a través de los acontecimientos. La biografía a diferencia de la historia, estudia los acontecimientos a través de los individuos y analiza y pondera la importancia de sus actos y la trascendencia de ellos en los hechos, sus causas y sus consecuencias.<sup>82</sup>

<sup>80</sup> Manuel R. Uruchurtu, *Apuntes biográficos del señor D. Ramón Corral*, México, Editor Eusebio Gómez de la Puente, 1900.

<sup>81</sup> *Ibidem*, pp. 214–215.

<sup>82</sup> *Ibidem*, pp. 215.

Si atendemos el discurso de acentuado tono apologético y de extravío cientificista de Uruchurtu, pareciera que los hombres del régimen porfirista habían ocupado un sitio histórico que no requería justificación alguna pues los actos que los enmarcaban se expresaban por sí mismos y hacían obvio su reconocimiento. Algo similar observamos con el perfil biográfico que salió a luz del general Bernardo Reyes el mismo año. El autor, Aurelio Lartigue, aprovecha una semblanza de Reyes publicada en diciembre de 1888, en *La Voz de Nuevo León*, que reproduce textualmente en su libro, añadiendo al mismo, pormenores de la vida militar del general hasta la fecha de la publicación de la biografía.<sup>83</sup> Sabedor del estigma más común que perseguía a los mandos militares del periodo, Lartigue encomia el hecho de que el general Reyes, a lo largo de su carrera militar, no había participado en sediciones o golpes de estado (hasta ese momento, claro); asentada tan pertinente aclaración, suma a la relación de hechos de armas en los que participó el general Reyes, relatados en el texto original, los pormenores de su ascenso político hasta el instante en que ocupa el ministerio de Guerra. No tiene el tono marcadamente cortesano del texto de Uruchurtu pero el propósito laudatorio es similar.

Finalmente, y a despecho de las biografías con un cariz cortesano elaboradas a Corral y al general Reyes, es el mismo Porfirio Díaz quien es objeto de aquellas dedicadas a su persona, que ponen el acento en esa dirección en el último tramo de su administración. Podemos cerrar el siglo XIX y abrir la ventana al XX mencionando algunos ejemplos. Quizá la más interesante de todas sea la que elaboró Salvador Quevedo y Zubieta, publicada en su primer tomo de forma anónima.<sup>84</sup> Quevedo sustenta buena parte de su trabajo so-

<sup>83</sup> Aurelio Lartigue, *Biografía del Gral. De División Bernardo Reyes, Ministro de Guerra y Marina*, Monterrey, Tipografía del Gobierno en Palacio, 1901.

<sup>84</sup> *Porfirio Díaz: ensayo de psicología histórica*, París-México, Librería de la Vda. de C. Bouret, 1906.

bre Díaz haciendo uso de las Memorias del personaje, las cuales llegaron a sus manos –según él mismo refiere- a través de Matías Romero. Con un tono en el que campea el humor negro y la fina ironía, el relato da cuenta, con profusión de comentarios, de los orígenes familiares y formación de Díaz, de la influencia que tuvieron en él, por distinta vía, el pensamiento y estrategia militar de Morelos, la protección y los sabios consejos de su mentor Marco Pérez, así como las enseñanzas de Benito Juárez impartidas en el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca. El tomo tuvo buena recepción en el medio, seguramente impulsado por la prensa afín al régimen, y tres años después Quevedo sacó a la luz la continuación del primero.<sup>85</sup>

En este segundo tomo el autor porfió en la intención de presentar el relato biográfico en términos de la fórmula interpretativa con un componente psicológico sociedad-historia-personaje.<sup>86</sup> Fustiga aquí a aquellos biógrafos que hacen hipérbole de actos pedestres; y para ponerse a salvo de incurrir en tal desatino propone otorgar la voz al biografiado mismo por medio de la entrevista, pero sobre todo, a través de la consulta de los testimonios documentales personales. Así, Quevedo acude constantemente al auxilio que le proporcionan las *Memorias* de Díaz para hilvanar el relato, en línea psicológica, acotando pormenores o situando en amplio contexto las acciones o dichos del personaje.<sup>87</sup> El resultado es un relato dinámico de las

<sup>85</sup> Salvador Quevedo y Zubieta, *El caudillo. Continuación de «Porfirio Díaz. Ensayo de psicología histórica» (Septiembre de 1865-Noviembre de 1876)*, París-México, Librería de la Vda. de C. Bouret, 1909.

<sup>86</sup> Cuando Quevedo escribe su ensayo sobre Porfirio Díaz la psicología llevaba pocos años de tener presencia en el ámbito académico nacional; la primera cátedra acerca de su enseñanza se estableció en la Escuela Nacional Preparatoria en el año de 1897. Véase: Salvador I. Rodríguez Preciado, «Salvador Quevedo y Zubieta y la primera psicología social en México (1906-1935): rigor científico vs. licencia poética?», *Athenea Digital*, primavera, número 003, Universidad Autónoma de Barcelona, 2003, pp. 93-108 <http://antalya.uab.es/athenea/num3/rodriguez.pdf>.

<sup>87</sup> Salvador Quevedo y Zubieta, *El caudillo, passim*.



*Arturo Soberón Mora*

peripecias de Díaz en su bregar contra las fuerzas imperialistas, en el que se procura dejar constancia del dato histórico lo más exacto posible. Al final Quevedo, con el fin de evitar verse en la encrucijada de tener que emitir juicios de valor acerca del desempeño de Díaz como primer mandatario, pero sobre todo de su truculenta y longeva estancia en el poder, corta el relato en el año en que éste asume la presidencia. Con todo, Zubieta incurre en el despropósito de justificar, por un lado, el retorno al poder de Díaz después de la pretendidamente desastrosa administración de su compadre Manuel González y, por el otro, de justificar la política de cooptación de periodistas, intelectuales y en general de detractores de su régimen.

Como hemos observado, ciertamente la escritura de la biografía evolucionó al ritmo agitado y vertiginoso que caracterizó a la literatura del siglo XIX. Uno de sus giros más dramáticos lo vivió en los años cuarenta con el proceso de secularización del género, sus sujetos se desprendieron del olor a santidad que les untaba la hagiografía y si bien siguieron siendo hombres virtuosos, la biografía empezó a exponer sus acciones como entes sociales. Este giro significó la apertura de un camino literario y conceptual que le permitió a la biografía correr paralela a la escritura de la historia e incluso fundirse con ella. Los escritores liberales entendieron que la oportunidad no podía dejarse pasar y les llevó a proponer una periodización de la historia nacional que se desarticuló de los resortes coloniales y se internó, con sus nuevos personajes, en la valoración integral de la propia tradición en la que el pasado prehispánico sobrevino eje articulador.

Los biógrafos liberales cayeron en su propia trampa y al finalizar el siglo XIX, al género biográfico se le ve secuestrado en la trama política. Ahora sus sujetos ya ni siquiera requieren estar muertos para que el lector se entere y pondere los pasajes de su vida pública o privada y conozca el significado o relevancia que éstos tienen





*Humanitas Historia*

para la patria; a los elegidos apremia venerarlos como especie ungi-  
da por una nueva Providencia encarnada en el poder del régimen  
porfirista. Con todo, la conflagración revolucionaria marcará nue-  
vos derroteros en los que la biografía en apariencia ya no será tan  
necesaria. En las décadas siguientes nuevamente harán acto de pre-  
sencia personajes como Porfirio Díaz,<sup>88</sup> pero no será ya para  
enaltecerlos sino para tratar de entender qué fue lo que sucedió.

---

<sup>88</sup> La biografía que le dedica Nemesio García Naranjo es el mejor ejemplo: *Porfirio Díaz*,  
San Antonio, Texas, Casa Editorial Lozano, 1930.